

PRESENTACIÓN

In memoriam, Ricardo Franco Roja

La mayoría de los que conocen a Ricardo no saben que durante un tiempo vivió en Alemania. Le gustaba darse un paseo por Berlín, de vez en cuando, por el barrio de Kreutzberg, la pequeña Anatolia o pequeño Estambul, es decir, el barrio turco; vaya nombre para un distrito musulmán. Me gustaría haberlo conocido entonces. Allí agarraba sus famosas indignaciones y primeras de motivación europeísta. En este caso por partido doble. Los alemanes creían que era turco, porque ya entonces, no distinguían entre un genuino ciudadano del Porvenir y otro de Ankara, es decir, no lo consideraban europeo. Por eso se compró, y luego llevó durante un cierto tiempo, un gorro típico escocés que consiguió engañar a los germanos, ni los alemanes a él que ya estaba convencido desde antaño de que los alemanes siempre serían alemanes. La conclusión es que era un andaluz creído turco y, por consiguiente, doblemente extraeuropeo y, eso, era algo que Ricardo no podía soportar.

Fue el primer europeísta militante en persona que conocí y su fuerza persuasiva y entusiasmo eran tan arrolladoras que, desde mi escepticismo previo, tardé muy poco en vencerme. Cuando empezamos, aún no estábamos en el Mercado Común, como se decía antes; incomprendiblemente para Ricardo, un señor bajito y con bigote al que nunca hubieran podido confundir en Berlín porque no viajó a la capital europea, ni a ninguna parte, ni para despedir a la División Azul, era la causa de tamaña injusticia. También seguían, naturalmente, sin ser europeos los turcos. Pero, así y todo, no paraba ni un solo momento de convencer al primero que se encontrara de las ventajas de formar parte de nuestro entorno natural, Europa. Al principio fue difícil y frecuentemente chocábamos de frente con la españolidad carpetovetónica de nuestros vecinos, letrados o iletrados, que veían en Europa una partida de arrancadores de olivos que además venían con todas las del berri a erradicar la sana costumbre de tomar mosto en noviembre porque no llegaba a los siete grados de alcohol. Argumentos, estos últimos, que fracasaban con Ricardo por su raigambre aceite ra y de lo otro.

Por fin llegó el momento. Puedo asegurar que no hubo hombre más feliz que Ricardo cuando el Reino de España ingresó en la Comunidad Europea. A partir de ese momento desplegó una actividad frenética, desde la prensa ordinaria, la radio, televisión, las páginas de EuropaSur. Lo explicaba todo y a todos, escribía a todas horas, tan era así que sus introducciones escritas eran más largas que los textos, y leía aún más. Y, viajaba, siempre viajaba y lo mejor es que hacía que los demás viajaran y así abrieran sus mentes.

Ricardo tenía claro que el camino sería más fácil si todos sabíamos más, por eso desplegó una actividad formativa extraordinaria y divulgadora. Por Sevilla pasaron los mejores y más valorados técnicos y políticos europeos y por Europa han viajado gracias a su iniciativa y constancia muchos jóvenes que hoy afortunadamente no ven ya Europa como algo lejano.

Este año 2005, se parece a aquel de 1985. Sería el colmo de la felicidad de Ricardo. Por fin tendremos una Constitución en Europa, eso sí os explicaría que exactamente no es una Constitución, como el habría querido, sino un Tratado constitucional, más bien cortito, pero extraordinariamente trascendente. No creo que tardase mucho en contaros el imposible proyecto Spinelli. Además, para su satisfacción, somos más, ya casi todos europeos, como el quería, y podemos circular libremente por casi toda Europa sin tener que ponernos en la cola de "Non EU citizens" algo que le contrariaba particularmente.

Pero, algo más: el tres de octubre comienza el proceso negociador con Turquía que si no triunfa el eurocentrismo hará posible dentro de unos años que este país euroasiático forme parte del club europeo. Esto si que lo viviríamos de manera sublime porque, mira por donde, el más grande de los europeístas, para mí, portaría justamente la doble ciudadanía europea en su pasaporte UE, lo único que nunca extraviaba ni rompía: una por andaluz y otra por turco. Y, además, a estas alturas de la noticia quien duda que sabría ya algo de turco y habría organizado un intercambio en Estambul y un curso sobre la realidad político-económica de Turquía con escala en el Arenal.

No todo le habría gustado de los tiempos europeos que corren. La insolidaridad europea la llevaba mal y eso porque creía que los Fondos Estructurales eran sólo un remedio parcial y temporal para los desajustes regionales. Estaba preocupado por las repercusiones financieras para Andalucía de la ampliación y sabía que precisamente Polonia iba a ser el escollo. Quien se lo iba a decir a él, que trajo a Sevilla el primer contingente de estudiantes polacos, hace quince años que, por cierto, se presentaron en Sevilla un Domingo de Ramos, no sabemos si fruto de la devotísima identidad católica de Polonia o del despiste de Ricardo que, para su desesperación los había citado en la Plaza del Salvador. Lo cierto es que aprendieron muy bien a la vista de los resultados. Como también llevaba mal que a estas alturas Andalucía fuera todavía Objetivo 1 y no hubiéramos sabido aprovechar tanto dinero como había llegado para parecernos, al menos, a Irlanda, país al que adoraba por conocidas y justificadas razones.

Muy cerca de la Plaza del Museo, en Sevilla, hay una calle con una placa. Está dedicada a Antonio de Ulloa, almirante, investigador, descubridor del platino, explorador de La Florida y sevillano. Perteneció este insigne sevillano a una estirpe de hijos de esta ciudad cuyo denominador común es que no son catetos. No han estado de moda nunca, la ciudad no es conocida por ellos, para nuestra desgracia, la prensa los ignora, son emprendedores, viajeros, abiertos, no pierden un segundo en mirarse el ombligo, aman nuestras tradiciones pero nunca serán pregoneros ni otros títulos asimilables propios del momento. Ricardo pertenecía a esa manera tan fructífera de ser de aquí y que tanto enamora cuando es conocida, por supuesto fuera. Pero son los que más hacen por nosotros porque son los que nos abren y nos acercan al mundo, a otras realidades que siempre nos enriquecen.

Cuando conocí a Ricardo, éramos dos jóvenes licenciados camino del doctorado con una tesis bajo el brazo que nunca leímos. Dos locos del derecho europeo que nadie sabía lo que era ni para que servía. Nuestros más queridos amigos nos daban ánimo con aquellos de “os vais a forrar porque sois los únicos”. En tantos años, no nos hicimos ricos pero nos reímos muchísimo o dicho de otra manera, nos reímos tanto que no nos hicimos ricos. Al final, después de tanto tiempo, al menos, hemos conseguido ser como los turcos, europeos, o dicho de otra manera, por fin voy a ser, ahora que nos ha dejado, lo que siempre quise ser, turco como Ricardo.

JAVIER AROC

La idea moderna de Europa, como nación de naciones, ha sido más el resultado de la ilusión de un puñado de personas, que la consecuencia de una identidad social, económica o cultural de nuestro continente. Cuando forzado por la amarga realidad me veo obligado a resumir en unas líneas lo mucho que he tenido ocasión de aprender de mi amigo y compañero Ricardo Franco Rojas, inevitablemente me viene a la memoria el entusiasmo con que defendía desde nuestra época de estudiantes –inmersos en una dictadura- la creación de un Estado supranacional en un marco de democracia y de respeto por los derechos de las personas. Solo la fuerza de la Europa de las libertades podía contrarrestar, a su juicio, las veleidades involucionistas de los distintos países, entre los que estaba, lógicamente, el nuestro.

Años después su militancia europeísta le llevo a trabajar en el Centro de Documentación Europea –no podía ser de otra manera-. En el Centro encontró, como encuentra el artista en su taller, el lugar propicio para hacer realidad programas concretos. Ya no se trataba de mantener ideas de una Europa unida, ni de convencernos de ello, sino de hacerla realidad con actos concluyentes. El Proyecto de Constitución, que no llegará a conocer como realidad jurídica, nunca podrá salir a delante, nos decía, si no va precedido de unas necesidades políticas, sociales y económicas, para lo cual había que trabajar en programas de donde surgieran políticas auténticamente europeas. De nuevo, nos animaba, ahora, a participar en proyectos comunes con los colegas de las universidades de otros países de nuestro entorno. En todos ellos, sin excepción, se apreciaba esa convicción personal que le llevo a militar en un europeísmo sin límites y sin fronteras.

Por todas estas ocasiones de aprender de quien supo adelantarse a su tiempo y transmitirnos las razones del quehacer diario, no podemos menos que estar agradecidos al destino por haber hecho coincidir en el tiempo y el espacio nuestras vidas con la suya, y que esto nos haya permitido disfrutarlo como amigo y como compañero.

BORJA MAPELLI CAFFARENA
Catedrático de Derecho Penal.
Universidad de Sevilla